

Querido Itzjak,

Espero que esta carta te encuentre bien, aunque sé que en estos tiempos inciertos la paz es un lujo que pocos pueden permitirse. Te escribo desde un lugar que apenas empiezo a conocer: la villa de Huesa, adonde hemos llegado tras abandonar todo lo que alguna vez llamamos hogar.

Mientras escribo estas palabras, rezo para que te encuentren sano y salvo, y para que sepas que tanto yo como mi familia hemos encontrado refugio en la casa de mi tío Moshe.

Llegamos hace ya algunas semanas tras dejar atrás Valencia. En los últimos meses el odio y los ataques no han dejado de crecer, hasta que una noche no nos quedó otro remedio que huir con lo poco que teníamos. Aunque siempre percibí el recelo de los *Notzarim* a nuestro alrededor, sus miradas desconfiadas, las acusaciones incómodas y los insultos se transformaron en violencia y sangre.

Una noche, los vecinos tocaron a nuestra puerta para advertirnos que una turba sedienta de sangre se dirigía hacia la aljama. Tomé a mi esposa y a mi hijo, y, reuniendo los pocos objetos de valor que pudimos cargar, huimos de la multitud que se aproximaba. El ruido y los gritos nos acechaban a lo lejos, mientras mi hijo lloraba, confundido. Deseo que este nuevo lugar le permita olvidar.

Mi esposa Esther, quizás, era la más preparada de los tres. Nunca dejó de insistir en el peligro de esas acusaciones vacías que oía en el mercado, o de los modales ariscos de la gente. Y sabía que tarde o temprano, alguien diría una palabra más alta que otra, y que otros le seguirían, y que, como siempre, vendrían a por nosotros. En mis rezos siempre pedí a Elohim que mi esposa estuviera exagerando, y que la bondad de los hombres triunfara.

Salimos raudos de la ciudad, intentando pasar desapercibidos disimulando nuestras vestiduras para no ser identificados. Ya extramuros, encontramos otro grupo que huía hacia Zaragoza. Nos unimos a ellos y, durante días, recorrimos valles y montañas, hasta que nos separamos para llegar hasta aquí. Pese al cansancio y el dolor de dejar nuestro hogar atrás, lo más difícil fue la falta de comida, viendo cómo mi hijo pedía sin cesar algo que no podíamos darle.

Finalmente, llegamos a la villa de Huesa con las primeras luces del alba. Muchas veces nos había dicho nuestro tío que fuéramos a visitarle, pero hasta entonces la distancia parecía una excusa suficiente para no hacerlo.

El castillo y la villa amurallada a sus pies aparecieron como un faro que nos guiaba a través del valle de campos y huertas. Al llegar a las puertas de la villa, hicimos llamar a mi tío para que nos recibiera. Aunque aseguro que fue una alegría saber de nuestra visita inesperada, imagino que no fue precisamente alegría lo que

sintió cuando llamaron a su puerta a horas tan intempestivas. Recuerdo cómo, nada más llegar, disfrutamos de la comida que nos ofreció. Quizás fue por el hambre o el cansancio, pero desde entonces toda la comida de esta villa me parece maravillosa.

Llevamos ya algunas semanas hospedados en su casa, y he conseguido trabajo como ayudante de herrero. He tenido que aprender rápido y con esfuerzo, pero por ahora es suficiente para mantener a mi familia, con algo de ayuda de mi tío y de la comunidad, que también nos ha acogido con simpatía, sobre todo tras escuchar nuestro testimonio de la huida.

Las gentes de la villa parecen respetarnos. Son de carácter amable, aunque algo secos y con un sentido del humor difícil de descifrar. La atmósfera es mucho más pacífica de la de Valencia, pero no por ello dejo de percibir miradas escrutadoras en busca de faltas o excusas de acusación. Por fortuna, el señor de la villa respeta la *Esnoga* y nuestra comunidad, siempre que mantengamos nuestras tradiciones dentro de nuestras casas y que no llevemos a cabo actos blasfemos.

Por el momento podemos vivir en paz, y mis rezos son para que este pueda ser nuestro hogar, donde mi hijo pueda crecer en paz, sin pasar hambre ni temer por su vida. Él, sin duda, es quien más rápido se ha adaptado, aunque me temo que la angustia vivida quedará en él como una herida a medio cerrar.

Quiero pensar que la paz que hemos encontrado aquí también la tengas tú. Y si el miedo y la muerte llaman a tu puerta, aquí tienes una casa donde os acogeremos con los brazos abiertos y comida caliente.

*Eliao Naví ke te accompanyie,*

Benjamín